

## John Le Carré, un espía que no se jubila

FEDERICO ZERTUCHE

Desde el inusitado éxito de *El espía que vino del frío*, John Le Carré fue conquistando el cetro que virtualmente le convirtiera en el rey de la novela de espionaje, sin que hasta la fecha nadie haya logrado destronarlo, ni siquiera su amigo Graham Green ha realizado tal proeza.

A sus 65 años, David Cornwell, creador del seudónimo John Le Carré, vive apaciblemente junto a su esposa, la visita ocasional de hijos y numerosos nietos y la rutinaria asistencia de su secretaria, en un apartado rincón de la isla Británica llamado casi coincidentemente Cornwall, una especie de Finisterre inglesa situada en el extremo oeste de la isla llamado Landis End, lugar bello y solitario rodeado de mar, campiña marítima de acceso difícil en la que ha ido edificando desde hace más de treinta años de residencia.

Ha adornado su finca, llamada Treffigian, con una buena cantidad de esculturas figurativas de fina factura esparcidas en patios y jardines, las que denotan, además de buen gusto, una especial predilección por tal arte. Cornwell, al igual que su esposa, es aficionado a la cocina y al buen comer y, desde ese apartado lugar, escribe sus novelas desplazándose de vez en cuando a remotos sitios del orbe con el fin de conocer a fondo escenarios donde se desarrollará su próxima novela.

El padre de David Cornwell dedicó sus esfuerzos y energía más bien a la estafa y oficios similares; su madre lo abandonó cuando apenas tenía cinco años. Así, pues, su infancia se desarrolló en medio de la habitual compañía de delincuentes compinches de su padre, quienes no obstante ser "decididamente malos, eran muy divertidos", según ha confesado en una reciente entrevista para *El País semanal*.

Nunca tuvo un lugar fijo ya que el padre mudaba de casa al ritmo de su delincuencia) actividad, así que tuvo que forjarse a sí mismo para ingresar a universidades, estudiar lenguas, viajar y cultivarse, ingresar al Foreign Office (el servicio exterior inglés) y aun incursionar en el espionaje internacional, para después dedicarse de lleno a la literatura. "Una infancia difícil es el mejor patrimonio para el escritor. Gracias a ella crecí y me hice fuerte" declaró, en dicha entrevista, a Maruja Torres.

Todo parece indicar que su actividad como diplomático, en la que llegó a primer secretario y eventualmente alternó con el oficio de espía (como puede ocurrir en algunos servicios exteriores), fue lo que le inclinó finalmente a abrazar por tiempo completo su actual, y ya larga, carrera de escritor en el género que domina magistral y exitosamente.

Además del título señalado al inicio, son ya clásicos *El topo*, *El honorable colegial*, *La chica del tambor*, *La gente de Smiley*, *El peregrino secreto* y *La Casa Rusia*; recientemente *Nuestro juego* y, ahora, *El sastre de Panamá*. Salvo estas últimas, la trama de las anteriores novelas se desarrolla en plena guerra fría, cuando el espionaje internacional cobró el mayor auge jamás tenido antes ni después. Célebres fueron los tiempos en que los servicios de inteligencia soviético (KGB), estadounidense (CIA), israelí (MOSAD), el inglés o el de la antigua RDA, libraban épicas batallas de inteligencia y contrainteligencia alrededor del mundo cuya hegemonía disputaban.

La intensa actividad de espionaje desplegada a lo largo y ancho del planeta durante la guerra fría, ha sido fiel y magistralmente retratada y relatada por Le Carré como ningún otro escritor de ficción, gracias a su profundo conocimiento de las artes, artimañas, emboscadas, charadas, laboriosos e intrincados planes, dobles juegos, asesinatos y traiciones del espionaje, todo ello sazonado con la siempre dudosa, cuestionable o torcida convicción ideológica, política y moral de los agentes y sus jefes, resortes finales que impulsan la peligrosa profesión.

El juego de inteligencia y contrainteligencia que necesariamente requiere ser ejecutado por medio del espionaje y contraespionaje, exige los mejores talentos, energía, imaginación y creatividad, apoyados por todos los medios posibles, tanto humanos, como científicos y técnicos, policiales, militares, políticos e ideológicos, analíticos, informativos y económicos, con el fin de librar con éxito esa guerra oculta entre las naciones en la que los fines justifican los medios.

Las sofisticadas redes de espionaje que han sido cuidadosamente montadas, pueden ser vulneradas desde

su centro nervioso mismo cuando el enemigo ha logrado ubicar ahí, en el corazón y cerebro del cuartel del adversario, a un "topo", a un espía doble de alta jerarquía, un traidor que tiene acceso a los planes más importantes, que conoce las estrategias y personas que los llevarán a cabo y que transmite al enemigo sus pormenores para ser demantelados luego bajo la apariencia de una acción de contrainteligencia o por accidente para no delatar al "topo". Es precisamente en la célebre novela *El topo* en la que Le Carré conduce a los lectores por ese mundo desconocido y alucinante.

Sin duda, el personaje arquetípico por excelencia de Le Carré es George Smiley, como Sherlock Holmes lo es de Conan Doyle o Hércules Poirot de Agatha Christie. Smiley, quintaesencia del espionaje, posee una apariencia muy distante de la figura del personaje de Ian Fleming, el agente 007, ni es esbelto o bien parecido, tampoco cosmopolita o atlético, carece aun menos de dotes de conquistador sexual, más bien, sobrelleva a duras penas sus más de cincuenta años, sobrepeso en carnes y un nada elegante porte que tiende a lo ordinario y anodino.

No obstante su figura poco agraciada, carencia de atractivos para las mujeres e incluso ser buen candidato para burlas y chanzas de algunos colegas, Smiley posee, además de sólida experiencia en el espionaje, una agudísima inteligencia analítica, tanto inductiva como deductiva, extraordinaria capacidad para urdir trampas y olfato para no caer en ellas, paciencia y persistencia en la ejecución de planes, así como una educada y afilada intuición.

Los desatacados triunfos de Smiley, épicos en el pequeño mundo del espionaje inglés de la ficción y también, desde luego, para el gran público lector de Le Carré, le han hecho acreedor de simpatía y admiración sin reservas que rebasan al mismo autor. Quienes admiramos a Sherlock Holmes casi pasamos por alto a Conan Doyle. Ello denota la gran habilidad y creatividad de esos autores para dotar de plena autonomía e independencia a sus personajes.

Le Carré ejerce a plenitud el oficio literario en la mejor tradición inglesa y universal de la novela moderna cuya aportación a la cultura y a la civilización ha sido la creación de mundos ficticios alternativos que por sí mismos son capaces de innovar, inventar y en ocasiones fundar el mundo. En este último sentido, literatura y poesía se tornan en fundación lingüística del ser, como ha señalado Martín Hiedegger. Quien bien escribe, inventa el mundo.

La verosimilitud que Le Carré imprime a sus personajes, a los temas y tramas que desarrolla, escenarios y situaciones por los que discurren, es producto de varios factores concurrentes: desde luego, el talento literario del autor, que no surge por generación espontánea sino que es producto largamente decantado por la combinación de varios ingredientes: capacidad de observación e introspección, conocimiento y conciencia del mundo, oficio de escritor, fina sensibilidad, capacidad de asombro y pasión por el conocimiento.

Por otro lado, las novelas de Le Carré están sólidamente sostenidas en una minuciosa investigación, por un profundo conocimiento de los temas, lugares y circunstancias tratados. Para ello, el autor estudia y hace acopio de abundante y escogido material bibliográfico, hemerográfico y documental, entrevista y conoce a personas de diversa índole relacionadas o directamente involucradas con los hechos o asuntos que trata.

Viaja a los sitios donde ocurrirán los hechos y discurrirán los personajes novelados, hace contacto con personas e instituciones que puedan aportar datos, circunstancias y personal perspectiva y percepción de los temas.

Toma el pulso a la sociedad, se pone al tanto de intrigas y chismes locales, reconoce los factores de poder que ahí se juegan, levanta un croquis pormenorizado de la geografía urbana y natural, el estado del clima, olores y colores, sonidos y ruidos, humores y horrores, con todo lo cual levanta un plano novelístico que permitirá al lector situarse a sus anchas como si ahí estuviera presente.

Una vez concluida la guerra fría, para beneplácito de todos los mortales, algunos aficionados a Le Carré creímos intuir que al maestro de la novela de espionaje se le venía el mundo encima al agotarse su principal fuente de inspiración. ¿Qué harían ahora los servicios de inteligencia, a qué se dedicarían una vez cerrado el principal expediente al que dirigían sus mayores esfuerzos y energía? ¿Tendrían que jubilarse todos los Smileys y el propio Le Carré a falta de chamba?

Reciclarse o morir, he ahí el dilema, podría haber sido un planteamiento de Le Carré y de todos los espías del mundo a punto de ser despedidos con un muchas gracias, la patria quedará en permanente deuda con ustedes, mientras son borrados de la nómina.

Ni tardos ni perezosos, los espías reasignaron prioridades y alarmaron a gobernantes y al mundo entero con otras amenazas que se ciernen contra la humanidad: narcotráfico, fundamentalismos, nacionalismos radicales, terrorismo, inseguridad en el control de armas atómicas y su tráfico ilícito, guerras locales, tiranuelos desechables como Noriega y, en fin, otros asuntos pendientes o potencialmente explosivos, pero suficientes para justificar sueldos y prebendas. Adiós a la guerra fría, bienvenidos a la realidad.

Le Carré no quiso quedarse a la zaga ni darse por satisfecho con sus novelas publicadas para vivir del recuerdo, solazarse en la nostalgia o producir refritos.

En *La Casa Rusia*, situada en plena perestroika, narra cómo los ya viejos esquemas experimentaban profundas transformaciones acomodándose a los nuevos tiempos, sin que por ello mengüe el espionaje acorde, ahora, a inéditos equilibrios y reacomodos del poder internacional, e introduce una historia de amor que desafía lo establecido. Sin duda una de sus mejores novelas que, como otras suyas, ha sido llevada al cine con gran éxito.

Después publicó *La casa juego* y recientemente *El sastre de Panamá*. En ésta última, Le Carré hace una parodia de los actuales servicios de inteligencia, particularmente el inglés al que no deja muy bien parado, en torno a un asunto que sin duda está cobrando particular vigencia e interés creciente, a saber, el futuro de la más importante vía internacional de tráfico marítimo comercial y militar, el Canal de Panamá, que conforme a los Tratados Carter-Torrijos pasará a la soberanía panameña a partir del año 2000.

En ella el lector se adentrará en un sinfín de especulaciones, unas más realistas y otras fantásticas, acerca de los múltiples y complejos intereses de varias potencias, grupos financieros o de poder que ya se están disputando el control o influencia en tan importante vía marítima.

En el centro de la ficticia intriga Le Carré sitúa a un personaje sencillo, un exconvicto inglés que emigró a Panamá para establecerse como sastre bajo una personalidad apócrifa. Después de muchos años, accidentalmente se ve envuelto y en medio de una suerte de comedia de equivocaciones que irremediablemente terminará en tragedia.

Al propio tiempo Le Carré elabora una divertida parodia en la que desfilan poderosos venales, lavadores de dinero del narcotráfico, chantajistas, inescrupulosos banqueros, políticos arribistas que medran en el poder y se acomodan a toda circunstancia, prostitutas y chulos, así como la parafernalia de parte de la sociedad panameña, lo que le ha valido la amenaza de un grupo de indignados y nacionalistas para que lo declaren persona non grata. Muy ofendidos se han sentido, particularmente los truhanes y sinvergüenzas de siempre, por el hecho de que un extranjero (imperdonable afrenta) los describa como son.

Así que Cornwell-Le Carré sigue teniendo bastante de que hablar y comentar; sus actuales novelas despiertan semejante interés y placer al de la saga de la guerra fría. El sastre de Panamá nos confirma que aún hay mucha tela que cortar en su taller de Treffigian I